

# Michael David Bailey. Battling demons: witchcraft, heresy, and reform in the late Middle Ages. Philadelphia: Pennsylvania State University Press, 2003

Autor:  
Cavallero, Constanza

Revista  
Anales de Historia Antigua, Medieval y Moderna

2009, N°41, 205-208



Artículo

MICHAEL DAVID BAILEY; *Battling Demons: Witchcraft, Heresy and Reform in the Middle Ages*, Philadelphia: Pennsylvania State University Press, 2003 (CONSTANZA CAVALLERO, Universidad de Buenos Aires)

“Ve, ¡oh perezoso!, a la hormiga;  
mira sus caminos y hazte sabio”.  
*Proverbios 6:6.*

Con estas palabras bíblicas Johannes Nider da comienzo al *Formicarius*, incitando al creyente a seguir con atención aquellos caminos que conducen a una real conversión del espíritu. Una exhortación semejante a un trabajo más profundo y atento se encuentra en el trabajo de Michael Bailey, aunque en este caso el mensaje no se dirige a los cristianos sino a los estudiosos del mundo tardomedieval y tempranomoderno y el objeto a redescubrir no es la fe sino el fenómeno de la brujería. En efecto, el propósito del joven historiador norteamericano consiste en explorar de modo integral el pensamiento de Nider (importante teólogo y reformador religioso dominico del siglo XV), analizando las distintas problemáticas que presentan sus obras, sus interrelaciones y el contexto en el que surgen.

La única porción de la obra del dominico examinada en detalle hasta el momento había sido siempre el libro quinto del *Formicarius* (concluido c. 1437 y una de las fuentes principales del *Malleus maleficarum*), que contiene una muy temprana descripción del fenómeno del sabbat en Europa Occidental. Sin embargo, la tesis de Bailey sostiene que los escritos sobre brujería de Nider no pueden ser bien comprendidos si no se los liga con la postura del dominico ante fenómenos tales como la herejía de los husitas en Bohemia, el supuesto movimiento herético del Libre Espíritu, el problema del estatus de las beguinas y otras formas de religiosidad popular laica, su visión del género femenino y, muy especialmente, su certeza respecto de la necesidad de una reforma monástica y eclesial y de una renovación espiritual de la sociedad cristiana en su conjunto. Bailey busca demostrar que el *Formicarius* es, sobre todo, un libro de reforma moral que llama a una renovación de la fe, mostrando tanto ejemplos positivos destinados a reforzarla como negativos orientados a protegerla de los peligros que atentan contra ella. El aporte historiográfico principal del libro de Bailey, por lo tanto, consiste en ser el primero en dar un análisis completo y coherente del pensamiento de Johannes Nider sobre las cuestiones religiosas y los problemas de su época tal y como fueron formulados en el contexto del Concilio de Basilea.

La estructura textual del libro responde a un plan ordenado que permite un claro despliegue argumentativo. Los dos primeros capítulos nos sitúan en contexto presentando una breve biografía de J. Nider (c. 1380-1438) y una síntesis tanto de la historia del movimiento de reforma de la Orden Dominica como del Concilio de

Basilea, dado que en ambos aquel desempeñó un rol destacado. A lo largo del libro, Bailey demostrará que la idea de 'reforma' emergè como concepto fundamental en las obras del dominico, entretejiendo en un mismo tapiz los distintos problemas de la Iglesia tardomedieval en la década de 1430.

En lo que refiere a las órdenes monásticas, en primer lugar, Nider aspiraba a *renovar* lo espiritual, generando una conversión interior del creyente, y a *reformular* las órdenes religiosas de acuerdo con sus reglas primigenias. Por lo tanto, su ideal de reforma tenía, de acuerdo con su perspectiva escatológica del curso del tiempo, tanto una faceta progresiva cuanto una conservadora y aspiraba no a una modificación jerárquico-institucional de la Iglesia sino a una reforma *in membris*, que incluyera la renovación de la fe laica y no sólo de monjes y clérigos.

Frente a la amenaza husita, por otro lado, Nider mostró una postura pragmática, puesto que aquella no era sino una distracción para la reforma verdadera de la sociedad cristiana. Con respecto a la religiosidad laica, tema que en el siglo XV era objeto de acalorados debates, mientras muchos acusaban de pertenecer a la herejía del Libre Espíritu a los laicos que mantenían una forma de vida semi-religiosa y mendicante, Nider mantuvo una opinión positiva acerca de su forma de vivir la fe y acentuó, sobre todo, las virtudes de las beguinas. Tras reseñar la historia de la condena y represión de estas últimas, Bailey muestra que Nider fue uno de sus principales defensores por considerarlas posibles impulsoras de la reforma moral entre los laicos, ejemplos a seguir en su camino de conversión.

Al analizar el *Formicarius*, Bailey sostiene que allí Nider extiende su ímpetu reformista a los creyentes en pos de concretar su ideal de renovación profunda de la cristiandad. Su obra máxima, orientada a servir como colección de *exempla* moralmente edificantes, se sitúa en la misma tradición que las campañas de predicación popular de monjes mendicantes como Vicente Ferrer o Bernardino de Siena, que también hacían uso de la evangelización de los laicos como aliciente para su reforma moral.

El autor advierte que el *Formicarius* revela dos nociones de brujería: 1) una idea antigua y popular de *maleficium* o hechicería dañina, practicada para beneficio individual y 2) una nueva noción de brujería, mucho más terrible, basada en un explícito y organizado culto al diablo, mayormente realizado por mujeres, culpables de una apostasía total y ávidas de destruir el mundo cristiano. En su opinión, las autoridades eclesiásticas de principios del siglo XV homologaron la brujería tradicional (antes vista como práctica supersticiosa) y la alta magia demoníaca o necromancia (basada en rituales complejos) y, de su fusión, resultó la novedosa idea de bruja. Nider reúne en su obra relatos cercanos al año 1400, que dejan ver una concepción de la brujería popular aún no contaminada, y otros de la década de 1430, que contienen ya el estereotipo del sabbat. Resulta discutible la afirmación de Bailey de que el dominico no es capaz de diferenciar entre brujas y nigromantes. En realidad, lo que éste no logra distinguir es la antigua noción de brujería de la nueva (ésta ya mezclada con elementos de magia culta) por considerar que ambas resultan efectivas gracias a la concreción de pactos con el diablo. De cualquier modo, el autor logra demostrar que la confusión de Johannes Nider ilustra cómo se opera una "transformación, en las mentes cultas, del tradicional *maleficium* en brujería satá-

nica" (p. 235). Hasta entonces, la invocación a los demonios se había considerado una tarea ritual muy compleja que requería conocer el latín y las artes oscuras. Los clérigos debieron explicar, por lo tanto, cómo era posible que una simple mujer carente de educación pudiera ser capaz de efectuar terroríficas prácticas brujeriles "*by a single work, touch, or sign*" (p. 241). La respuesta se encontró en la formulación de una nueva idea de bruja cuyos poderes no le eran propios sino que actuaba en acuerdo con el Señor de las Tinieblas. Bailey, aunque acentúa el papel de la elite, advierte otros dos elementos que convergieron en la innovadora formulación: los estereotipos heréticos y ciertos elementos folklóricos ligados a prácticas chamánicas. Sin embargo, el orden de jerarquización de estos componentes aleja a Bailey de otros autores que establecieron un orden de prelación diferente. En cuanto a la "*hereticization*" de la magia demoníaca (es, decir, su asimilación con la herejía), que muchos autores consideran fundamental, Bailey sostiene que se produjo antes, en el siglo XIV, y no bastó para demonizar la brujería popular (aunque, una vez que se hubo establecido el culto brujeril, se le adosaron acusaciones propias de las herejías). En cuanto a los elementos folklóricos, Bailey los considera secundarios, oponiéndose explícitamente a la postura de Carlo Ginzburg.

"Comprender el pensamiento de Nider sobre brujería resulta imposible sin comprender su pensamiento sobre reforma" (p. 9). Varios estudiosos han ligado anteriormente la cuestión de la reforma eclesial con el surgimiento del sabbat (Bailey retoma sobre todo a Richard Kieckhefer) y Nider es un claro ejemplo de dicha conexión. El dominico contribuyó a la caza de brujas aun sin ser el propósito de su obra. Era consciente de la posibilidad negativa de eliminar a los *deformados* pero su meta fue positiva: *reformular*. "Previniendo honestamente acerca de una amenaza que percibía existente" (p.255), no habló de extirpar a las brujas sino de salvaguardarse de sus daños alentando una fe verdadera. Habitando físicamente en sus aldeas, ellas eran un espejo muy "real" de los peligros del debilitamiento de la fe. Para enfrentarlos, reforzar las prácticas devocionales, abandonar el pecado y adherir a los preceptos divinos eran las armas más eficaces. Para que los fieles no recurrieran a la magia ilícita en vez de a éstas, Nider buscó delimitar claramente la tenue línea que dividía las bendiciones, plegarias y ceremonias aceptadas por la Iglesia de las condenadas por ella, aunque era muy arduo lograr distinguirlas cuando la teoría se llevaba a la práctica.

Finalmente, Bailey analiza la visión de la mujer que subyace a las obras del dominico. Considerada un ser espiritualmente débil y proclive a caer en la tentación del demonio, Nider es el primero en asociar la brujería con lo femenino. Reconoce, sin embargo, que las mujeres son, en ciertos casos, dignas de imitación -las beguinas, por ejemplo-. Para él las mujeres habitan los extremos: son esposas virginales de Cristo o hijas carnales de Eva. Michael Bailey sostiene que es precisamente esta ambigüedad, más que una deliberada misoginia, la que lo conduce a Nider a considerar a ciertas mujeres como servidoras del demonio.

Bailey busca demostrar que a través de la visión de Nider podemos conocer el pensamiento clerical de la época, lo que en su opinión no es un logro menor, dado que "la casta eclesiástica ciertamente ejerció una influencia más directa y poderosa sobre la masa de la cristiandad que la que la masa ejerció sobre el grupo de elite" (p.

303). La argumentación de Bailey parece demostrar que, en efecto, la elaboración del nuevo estereotipo brujeril emergió como consecuencia de una evolución dentro del pensamiento teológico. Sin embargo, que dicha innovación se base en un cambio en la visión de ciertas prácticas *populares* e incorporando, luego, antiguas creencias folklóricas, no resulta un dato menor. El análisis que realiza el autor resulta muy sugerente, pues incita a pensar, por un lado, el porqué del giro en la posición de la Iglesia: ¿Por qué tuvo ésta la necesidad de explicar de una nueva forma las prácticas seculares de *maleficium* popular? ¿Cómo pudo considerar la posibilidad de que el poder del demonio pudiera llegar a tal dimensión, antes nunca imaginada, entre los simples creyentes? Podríamos poner estas cuestiones en relación tanto con la evolución del pensamiento demonológico dentro de la elite como con los cambios que se produjeron en las percepciones del laicado dentro de la Iglesia. Por otro lado, el modo de diseminarse y arraigarse en la sociedad que tuvo la creencia en el nuevo estereotipo de la bruja y el sabbat y la “funcionalidad” que adquirió posteriormente para los distintos sectores sociales, que se apropiaron de la idea y la utilizaron para fines muy diversos, nos incita a concluir que, como indica Bailey, “el tema de la brujería es en sí mismo tan vasto y tan difuso que rechaza toda simple caracterización o explicación” (p. 308). No basta con explicar las causas de su origen, pues las causas de su pervivencia y de sus manifestaciones concretas en sitios y momentos disímiles probablemente no coincidan con aquéllas y escapen a lo que alguna vez pudo haber lucubrado la alta jerarquía de la Iglesia.

*Battling demons* es adalid de la nueva corriente de la historiografía demonológica que, en los últimos años, ha priorizado la contextualización de los textos-fuente y se ha interesado por las categorías de significado, situando “el interés intelectual por la brujería en contextos mucho más amplios y en una variedad de escenarios mucho mayor”<sup>1</sup>. Es un libro muy enriquecedor no sólo por proponer un análisis más integrador del fenómeno de la brujería sino también por recordarnos que éste representa “una encrucijada de cultura medieval, en la cual la religión y la teología, la ciencia natural, las creencias y las supersticiones populares, el pensamiento legal, los estereotipos heréticos y muchas cosas más se reunieron todos en conjunto” (p. 309). El trabajo que nos queda por delante a los historiadores es, por lo tanto, arduo y complejo. Trabajo de hormigas.

---

<sup>1</sup> CLARK, STUART, “Brujería e imaginación histórica: Nuevas interpretaciones de la demonología en la Edad Moderna”, en María Tausiet and James Amelang (eds.), *El Diablo en la Edad Moderna*, Madrid: Marcial Pons, 2004, p. 38)